



CAPÍTULO XIX

La contrarrevolución en Bretaña. Asesinato de Marat



ASALTADA por todas partes por la coalición de las monarquías europeas, y en medio de la obra inmensa de reconstrucción que había emprendido, Francia atravesaba una crisis difícilísima. Estudiando esa crisis en sus detalles, examinando día por día los sufrimientos del pueblo, se comprende la profundidad del crimen de los satisfechos, quienes para retener sus privilegios no vacilaron en sumergir la nación en los horrores de una guerra civil y de una invasión extranjera.

Los girondinos, excluidos de la Convención el 2 de junio de 1793, no vacilaron en dirigirse a los departamentos para encender la guerra civil, con el apoyo de los realistas y del extranjero.

Recuérdese que la Convención, después de haber expulsado treinta y un representantes girondinos de su seno, los hizo detener a domi-

cilio, dejando a cada uno la libertad de circular por París, a condición de ser seguido de un gendarme. Vergniaud, Gensoné, Fonfrede permanecieron en París, y Vergniaud se aprovechó de esa permanencia para dirigir de vez en cuando cartas llenas de hiel a la Convención. Los demás se evadieron para ir a sublevar los departamentos. Los



CARLOTA CORDAY

(Cuadro pintado en la Conserjería por Hauer)

realistas no deseaban otra cosa, y pronto se vió estallar movimientos contrarrevolucionarios en sesenta departamentos; los girondinos y los realistas más intransigentes marchaban de acuerdo.

Desde 1791 se venía urdiendo un complot en Bretaña, con objeto de restablecer los Estados de aquella provincia y la vieja administración por los tres órdenes. Tufin, marqués de la Rouerie, fué designado

por los príncipes emigrados para dirigir la conspiración. El complot fué denunciado a Danton, quien hizo vigilar al marqués hasta que le obligó a ocultarse, y, refugiado en un castillo de un amigo suyo, murió en enero de 1793, y fué enterrado secretamente. La insurrección estalló, sin embargo, apoyada por los ingleses. Por mediación de marinos contrabandistas, y de los emigrados, reunidos unos en Jersey y otros en Londres, el ministerio inglés preparaba una insu-



CARLOTA CORDAY, EN SU CALABOZO, ESCRIBE A SU PADRE

(De una lámina de la época)

urrección que había de entregarle la plaza fuerte de Saint-Malo, Brest, Cherburgo y quizá también Nantes y Burdeos.

Cuando la Convención decretó el arresto de los principales diputados girondinos, Petion, Guadet, Brissot, Barbaroux, Louvet, Buzot y Lanjuinais se evadieron para ponerse, en Normandía y en Bretaña, a la cabeza de la insurrección. Llegados a Caen, organizaron la *Asociación de los departamentos reunidos*, para marchar contra París, hicieron detener los delegados de la Convención y caldearon hasta el extremo la opinión contra los montañeses. El general Wimpfen, que mandaba las tropas de la República en Normandía y que se colocó al lado de los insurgentes, no les ocultó sus opiniones realistas ni su intención de buscar un apoyo en Inglaterra, y los jefes girondinos no rompieron con él.

Felizmente el pueblo en Normandía y en Bretaña no siguió a los agitadores realistas ni a los curas. Las ciudades se colocaron al lado de la Revolución, y la insurrección, vencida en Vernon, fracasó (1).

La marcha de los jefes girondinos a través de Bretaña, por los caminos cubiertos, sin osar mostrarse en las más pequeñas pobla-



MARAT

(Cuadro de David)

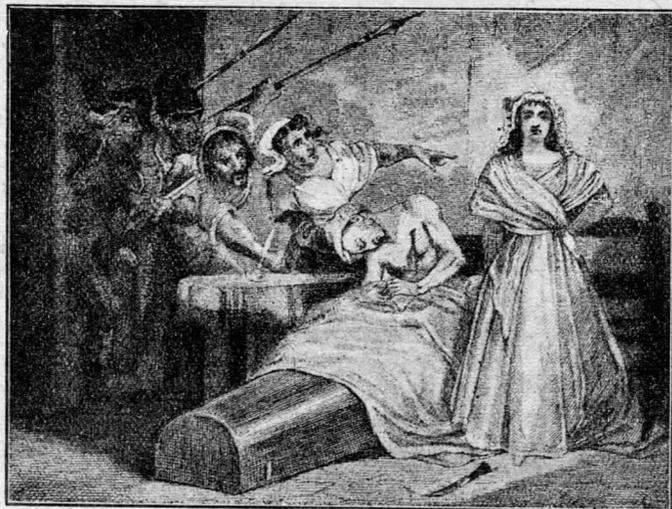
ciones, donde los patriotas los hubieran detenido, demuestra la escasez de simpatías que hallaron en aquel país bretón, donde, no obstante, la Convención no había sabido atraerse los campesinos y donde la leva de reclutas para la guerra del Rhin fué recibida con frialdad.

(1) El himno cívico de los bretones, marchando contra la anarquía, tal era el título de la canción de los girondinos, que Caudet da en nota de las *Memorias* de Buzot, págs. 68-69.

Aquella marselesa de los girondinos pedía la muerte de Danton, de Pache y de Marat. Durante aquel tiempo pedían y preparaban la matanza de los revolucionarios.

Cuando Wimpfen quiso marchar contra París, Caen no le suministró más que algunas decenas de voluntarios (1). En toda Normandía y Bretaña sólo se reunieron de quinientos a seiscientos hombres, que ni siquiera se batieron cuando se hallaron frente a una división venida de París.

Sin embargo, en algunas ciudades, y especialmente en los puertos de Saint-Malo y de Brest, los realistas contaban con un fuerte apoyo



ASESINATO DE MARAT

(De una lámina de la época)

del comercio, y fué necesario un poderoso esfuerzo de parte de los patriotas para impedir la entrega de Saint-Malo, como lo fué Tolón, a los ingleses.

Han de leerse, en efecto, las cartas del joven Jullien, comisario del Comité de Salud pública, o de Juan Bon Saint-André, convencional en misión, para comprender cuán débiles eran las fuerzas materiales de la República, y hasta qué punto estaban dispuestas las clases opulentas a sostener los invasores extranjeros. Todo había sido preparado para entregar a la flota inglesa la fortaleza de Saint-

(1) La revista de que habló Carlota Corday ante los jueces, que había reunido miles de hombres, era una mentira con el probable objeto de asustar a los descamisados parisienses.

Malo, armada de 123 cañones y de 25 morteros y bien provista de municiones, y lo impidió la llegada de los comisarios de la Convención, que suscitó el celo de los patriotas e impidió aquella traición.

Los representantes en misión no se dirigieron a las administraciones: sabían que estaban gangrenadas de realismo y de «negociantismo»; fueron a la Sociedad patriótica de cada población, grande o pequeña, y le proponían, primero «depurarse»: cada socio debía decir en alta voz, delante de la Sociedad, lo que había sido antes de 1789,



ASESINATO DE MARAT

(De una lámina de la época)

lo que había hecho después; — si había firmado las peticiones realistas de los 8.000 y de los 20.000 —; cuál era su fortuna antes de 1789, y cuál era en aquel momento. Los que no podían responder de una manera satisfactoria a esas preguntas eran excluidos de la Sociedad patriótica.

Hecha la depuración, la Sociedad patriótica se convertía en órgano de la Convención. Con su ayuda, el representante en misión procedía a una depuración semejante en el Ayuntamiento, haciendo que fueran excluidos los realistas y los «aprovechados». Entonces, apoyado por la Sociedad popular, despertaba el entusiasmo en la población, sobre todo entre los descamisados: dirigía el alistamiento de los voluntarios; excitaba a los patriotas a hacer esfuerzos, frecuentemente heroicos,

para el armamento y la defensa de las costas; organizaba las fiestas patrióticas e inauguraba el calendario republicano. Y cuando partía para realizar el mismo trabajo en otra población, encargaba al nuevo Ayuntamiento del cuidado de tomar todas las medidas para el transporte de las municiones, víveres y tropas, siempre bajo la vigilancia



MUERTE DE MARAT

(Cuadro de Scheffer)

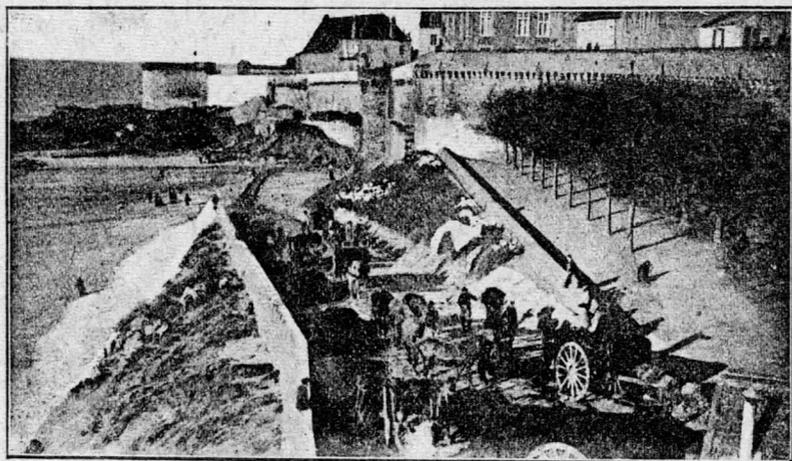
de la Sociedad patriótica, y sostenía con aquella Sociedad una correspondencia seguida.

Con frecuencia la guerra exigía enormes sacrificios; pero en cada ciudad, en Quimper, en el mismo Saint-Malo, hallaron los convencionales en misión hombres adictos a la Revolución, y con su ayuda organizaron la defensa. Los emigrados y los buques ingleses no osaron acercarse a Saint-Malo ni a Brest.

Así fracasó la insurrección en Normandía y Bretaña; pero de Caen salió Carlota Corday para asesinar a Marat. Influida sin duda por cuanto oía decir a su alrededor contra la república de los descamisados montañeses, deslumbrada quizá por el aspecto de «republi-

canos decentes» que afectaban los girondinos que fueron a Caen, donde vió a Barbaroux, Carlota Corday fué a París el 11 de julio con la idea de matar a alguno de los revolucionarios famosos.

Los historiadores girondinos, que odiaban a Marat, el principal autor del 31 de mayo, han supuesto que Carlota Corday era republicana: es absolutamente falso. La señorita María Carlota Corday d'Armont era de una familia archi-realista, y sus dos hermanos eran



SAINT-MALO — LAS MURALLAS — LA TORRE BIDOUANE

emigrados; ella misma, educada en el convento de la Abadía de las Damas, de Caen, vivía en casa de una pariente, la señora de Breteville, a quien el miedo impedía llamarse «realista». Todo el supuesto «republicanismo» de la señorita Corday d'Armont se fundaba en que un día se negó a brindar por la salud del rey, y explicó su negativa diciendo que sería republicana «si los franceses fueran dignos de la república». Es decir, era constitucionalista, probablemente fuldense. Wimpfen afirmaba que Carlota era simplemente realista.

Todo induce a creer que Carlota Corday d'Armont no fué una solitaria. Caen, como acabamos de ver, era el centro de la *Asociación de los departamentos reunidos*, sublevados contra la Convención montañesa, y es probable que se hubiera preparado un complot para el 14 o el 15 de julio, con el fin de matar en aquel día a «Danton,

Robespierre, Marat y compañía», y que Carlota Corday estuviera complicada. Su visita al girondino Duperret, a quien ella entregó unos impresos y una carta que desde Caen le dirigía Barbaroux, y el consejo que le dió ella de retirarse cuanto antes a Caen, tienden a representar a Carlota Corday como instrumento de un complot tramado en Caen por los girondinos y los realistas (1).

El plan de Carlota Corday, según ella misma declaró, era matar a Marat en el campo de Marte, durante la fiesta aniversario de la Revolución, el 14 de julio, o, si no asistiera, en la Convención. Pero se aplazó la fiesta, y Marat, enfermo, no asistía a la Convención. Entonces le escribió pi-



VIEJOS CAMPESINOS DE FAOUE (MORBIHAN)

(El traje no ha cambiado desde la Revolución)

diéndole una entrevista, y no habiendo tenido respuesta, le escribió otra vez fundada jesuíticamente sobre la bondad que le reconocía, o de que sus amigos la habían informado. En aquella carta decía que era desgraciada y que se veía perseguida; con tal indicación estaba segura de ser recibida.

Con aquel billete y un puñal oculto bajo su fichú, fué el 13 de julio, a las siete de la tarde, a casa de Marat. Su mujer, Catalina Evrard, vaciló un instante, pero acabó por permitir la entrada

(1) Que existía un complot y que los girondinos lo sabían nos parece probado. El 10 de julio se leía en el Consejo general del Municipio de París una carta, recibida en Estrasburgo y enviada a París por el alcalde de aquella ciudad, en la que constaban estas líneas: «... La Montaña, el Municipio, la Jacobinera y toda la secuela maldita están a dos dedos de la tumba... De aquí al 15 de julio danzaremos. Deseo que no se vierta más sangre que la de Danton, Robespierre, Marat y compañía...» (Cito según Luis Blanc.) La *Crónica de París*, periódico girondino, aludió a la muerte de Marat en los días 11 y 12 de julio.

a la joven señorita en la pobre habitación del amigo del pueblo.

Marat, devorado por la fiebre hacía dos o tres meses, después de la vida de fiera perseguida que había llevado desde 1789, estaba sentado en un baño cubierto, corrigiendo las pruebas de su diario sobre una tabla atravesada sobre la bañera. Allí Carlota Corday

d'Armont hirió en el pecho al Amigo del Pueblo, que expiró en el acto.

Tres días después, el 16, Chalier, otro amigo del pueblo, era guillotinado por los girondinos en Lyon.

Con Marat perdió el pueblo su amigo más adicto. Los historiadores girondinos, que han odiado a Marat, le han representado como un loco sanguinario que ni siquiera sabía lo que quería; pero hoy sabemos cómo se forman esas reputaciones. El hecho es que en las



EL MAESTRO MEHUL

épocas más sombrías de la Revolución, en 1790 y en 1791, cuando veía que el heroísmo del pueblo no derrumbaba la monarquía, Marat escribió, en efecto, que era necesario cortar algunos miles de cabezas de aristócratas para hacer marchar la Revolución; pero el fondo de su carácter no era sanguinario. *Amó al pueblo*, él y su heroica compañera Catalina Evrard (1), con un amor infinitamente más profundo que todos sus contemporáneos que la Revolución puso de relieve, y fué fiel a ese amor.

En cuanto comenzó la Revolución, Marat se puso a pan y agua, no en sentido figurado, sino en realidad. Y cuando fué asesinado se

(1) * Una mujer divina, conmovida al ver su situación, cuando se ocultaba huyendo de cueva en cueva, tomó y ocultó en su casa al Amigo del Pueblo, le dedicó su fortuna y le inmoló su reposo, decía de Catalina Evrard la hermana de Marat, Albertina, cuyas palabras son citadas por Michelet.

halló que toda la fortuna del Amigo del Pueblo consistía en *un asignado de veinticinco libras*.

De más edad que sus jóvenes camaradas en la Revolución, y más experimentado que ellos, Marat supo comprender las diversas fases



BOYER FONFRÈDE Y SU FAMILIA

(Cuadro de Vincent)

de la Revolución, y prever las siguientes, mejor que todos sus contemporáneos. Puede decirse que fué el único, entre todos los prohombres de la Revolución, que tuvo realmente la concepción y el golpe de vista del hombre que ve las cosas en grande en sus múltiples relaciones (1).

(1) Es un placer consignar que el estudio de la obra de Marat, descuidado hasta el día, ha llevado a M. Jaurés a hablar con respeto de esa cualidad característica del tribuno popular.

Que haya tenido su parte de vanidad, se explica en parte por haber sido siempre molestado y perseguido, hasta en lo más fuerte de la Revolución, cuando cada nueva fase revolucionaria venía a probar la exactitud de sus previsiones. El fondo de su genio consistía en haber comprendido lo que debía hacerse en cada momento para *el triunfo de la causa del pueblo*, el triunfo de la Revolución *popular*, no de una Revolución abstracta, teórica.

Sin embargo, cuando la Revolución, después de la abolición real de los derechos feudales, necesitó dar un paso adelante para consolidar su obra; cuando se trató de hacer de manera que beneficiase a las capas sociales más profundas, dando a todos la seguridad de la vida y del trabajo, Marat no distinguió la verdad que había en las ideas de Jacques Roux, de Varlet, de Chalier, de L'Ange y de tantos otros. No pudiendo concebir él mismo la idea del profundo cambio comunista, cuyas formas posibles y realizables buscaban los precursores; temiendo además que la nación perdiera las libertades ya conquistadas, no dió a esos comunistas el apoyo necesario de su energía y de su inmensa influencia: no se hizo el portavoz del comunismo naciente.

«Si mi hermano hubiera vivido, decía la hermana de Marat, no hubieran sido guillotinado Danton ni Camilo Desmoulins.» Ni los hebertistas tampoco. En general, si Marat comprendía los furros momentáneos del pueblo, y los consideraba como necesarios en ciertos momentos, no fué seguramente partidario del Terror, tal como se practicó después de septiembre de 1793.

